

Locos al volante

Víctor Pliego

En las viejas tribus, los niños se convertían en guerreros adultos al alcanzar la madurez sexual y formar familia. El rito de iniciación es hoy el permiso de conducir. No sólo otorga la libertad de movimientos, sino que supone el ingreso en la legión de guerreros integrada por los conductores. Protegidos tras sus carrocerías, los señores del asfalto muestran su cara salvaje. El tráfico es una guerra cruel en la que se derrama sangre, demasiada sangre. Participar en esta batalla perpetua supone abandonar el candor infantil. La conducción es una habilidad que conforma toda una ideología y una forma de ser; básicamente individualista, incivil, insolidaria y agresiva, en la circulación y en el estacionamiento: “Yo primero y el que venga detrás que se joda”. La formación de los conductores es irracional y mecánica desde su inicio, ajena al sentido común y pedagógico, a las más elementales normas de urbanidad y cortesía. El futuro conductor debe aceptar desde el principio la locura y la sinrazón que impera en ese paradójico universo automovilístico. Una vez incorporado a las turbas, el coche ocupa la madurez, por el tiempo de los desplazamientos y el trabajo que exige pagar sus interminables y abusivos gastos: las letras, el taller, los seguros, el combustible, los hospitales, las guerras del petróleo... Justo de la Cueva hace un análisis detallado en su libro *Esos asesinos que impunemente matan cada día a miles de personas: los automóviles* (Sediciones 1996) donde nos muestra el alcance de este delirio: las muertes, la contaminación, el despilfarro energético, la obsolescencia programada, los atascos, el crecimiento imparable del parque automovilístico, la alineación (se fabrican compradores) y la alianza del capital. El vehículo es la última morada de muchos, que mueren y que matan al volante. Preferimos inclinarnos ante la voz del poder y atribuir la hecatombe al azar o al descuido personal, en vez de reconocer la locura colectiva que nos invade. Por eso permanecemos ciegos y mudos, sin advertir que las trompetas del Apocalipsis suenan a claxon.